Mujer azul

Ruth Engelhardt

Platero
COOLBOOKS

Título: Mujer azul
Primera edición: noviembre, 2024
© 2024, del texto Ruth Engelhardt.
© 2024, de ilustraciones Salvador Taboada
© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.
© Platero Editorial S.L.
Glorieta Fernando Quiñones s/n .
Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)
info@plateroeditorial.es
www.plateroeditorial.es
Diseño de portada: Platero CoolBooks.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.
Printed in Spain-Impreso en España
ISBN: 978-84-10062-81-8

La poesía entra en acción.
Merece lo que sueñas.
—Octavio Paz

Índice

Declaración de intenciones 11
Prólogo 13
Introducción 17
Resiliencia 23
I 27
II 31
III 37
IV 41
V 45
VI 51
VII 55
Conciencia 59
VIII 65
IX 71
X 75
XI 79
XII 83
XIII 87

XIV 91
Libertad 99
XV 105
XVI 109
XVII 113
XVIII 117
XIX 121
XX 125
XI 129
Epílogo 131

Declaración de intenciones

Mujer Azul es más que una invitación; es una llamada para detenerse y respirar profundamente, embarcándote en un viaje con un equipaje lleno de esperanza y palabras cargadas de futuro. En cada pequeño gesto, en cada decisión consciente, reside una acción poética que nos invita a comprender la vida desde una perspectiva más profunda y significativa.

El simbolismo del número tres se despliega como un *leitmotiv*, representando un movimiento perpetuo y la conexión esencial entre alma, cuerpo y mente. La obra se divide en tres partes fundamentales: Resiliencia, Conciencia y Libertad, cada una reflejando una etapa del viaje interior. Además, se rinde homenaje al ilustre poeta Miguel Hernández con su poema *Llegó con tres heridas*, entrelazando su legado con nuestra búsqueda de significado.

Los árboles, en su sabiduría silenciosa, se convierten en el hilo conductor de una narrativa que teje la vida humana con el tapiz de la naturaleza. Observar el baile de las hojas al viento, cómo las

luces y sombras se filtran a través de ellas en un efímero espectáculo de luz, es una experiencia sin igual. Este fenómeno, conocido en japonés como *komorebi*, captura la belleza transitoria de la existencia.

Nos recordaba el gran poeta Walt Whitman: «No dejes de creer que las palabras y las poesías sí pueden cambiar el mundo. Pase lo que pase nuestra esencia está intacta». Palabras que resuenan en este poemario.

¡Transformemos el mundo, verso a verso!

Prólogo

Sé algo de fotografía, y apenas nada de poesía, pero una fotógrafa como yo y una poeta como Ruth pueden entenderse a la perfección leyendo una los poemas de la otra, y viendo esta otra las fotografías de la una.

A veces yo, la fotógrafa, leo uno de sus versos y creo estar viendo lo mismo que ella describe, con total definición. Otras veces, resuenan en mi interior como si lo que contase me perteneciese. Qué cosas. Esto le podría pasar a cada uno de sus lectores, ahora que lo pienso.

A mí me ocurre porque trabajamos con instrumentos parecidos. En nuestros viajes, nuestras guías son similares.

La belleza nos puede llegar a quitar el aliento, pero no la belleza de las vallas publicitarias, sino la belleza. Esa que procede de un dolor superado, la que maneja «la angustia que seca la garganta», la de la resiliencia de la que hablan sus poemas. La de los versos «Cae la tarde y se te agarra la nada», que te hacen parar para luego continuar.

Ella lo explica, yo lo fotografío. Lo he hecho en España, en Oriente Medio, en Asia, en África.

Yo fotografío con lo que he leído, reído y llorado, aprendido, gozado. Y luego está la cámara, que hace lo que yo le digo; y luego está la vida, que hace con nosotros, y con mis fotos y con sus libros, lo que le considera oportuno. Y luego está una, fotógrafa o poeta, que decide responderle a la vida con otra fotografía o con otra poesía. Porque hablar de fotografía o de poesía es hablar de un lenguaje como arma.

La vida es una experiencia increíblemente fotogénica, merece la pena seguirla, conocerla, fotograma a fotograma.

En el acto de mirar, separas todos los elementos de una imagen, los estudias por separado para luego unirlos en un orden, un equilibrio, dentro del fotograma, al disparar. Se debe tardar mucho más en leer este párrafo que en hacerlo.

A esto hay que aspirar cuando eres una fotógrafa que debe adelantarse a lo que va a ocurrir, atrapando lo que queda después, invisible al resto. Es como estar en el pasado y en el futuro al mismo tiempo. Lo que queda es la fotografía, que fue entonces el presente.

Nosotras, la fotógrafa y la poeta, nos conocimos con la fotografía, y por su padre, que era el nieto de Otto Engelhardt, asesinado en septiembre de 1936. Iban a ser fotografiados para un libro de Memoria Histórica, junto a otras familias. Yo coordinaba

ese libro. Su padre, Conrado, era mi amigo; y digo era porque hoy me he despedido de él, y en unas horas estará volando al otro misterio, pero cuando ustedes lean este texto, ya habrán pasado esas horas y él estará en el lugar donde ahora le están esperando. Hoy Ruth, sin papel ni lápiz, seguía siendo la poeta que hablaba con delicadeza, hermosura y comprensión sobre el dolor y la despedida. Yo me he ido con una imagen llena de luces suaves y sombras tenues. Una composición perfecta que acogía simultánea y armoniosamente la vida y la muerte. Pero para ver esto, se necesita educar la mirada que luego hará la fotografía o escribirá una poesía.

Laura León Gómez
@laura_leon_gomez
www.lauraleon.net

Introducción

Mirando un árbol, un árbol majestuoso o un árbol pequeño, da lo mismo, el ser humano toma conciencia de su finitud; ese organismo vivo que tienes delante «seguramente» seguirá aquí cuando tú te marches. Pero solo «seguramente», porque los árboles también mueren.

Mirando un árbol (si sabes mirarlo) te sientes él, ¡qué misterio! Un árbol sale de la tierra, como nosotros, se mantiene en pie, erguido, dispuesto a recibir los avatares del tiempo, como un hijo cuando nace. Un árbol es agua, las personas somos de agua, él tiene esqueleto de madera, el nuestro es de hueso. Nos parecemos tanto... Un árbol tiene alma, tiene espíritu y conecta con el nuestro cuando lo tocamos. Si nuestro espíritu logra sobrevivir en estos tiempos...

¡Veo árboles por todas partes!, ¡qué suerte la mía! No me imagino viviendo en el vacío total de una ciudad de cemento y cristal sin verlos a ellos, o en un desierto, de arena y plástico, sin ellos, o en otro planeta que no tenga bellos árboles. ¿Quién

en su sano juicio podría vivir, por ejemplo, en Marte si allí no hay árboles?

Es tan sencillo amarlos porque, silenciosos, dan tanto… En silencio crecen y nunca reclaman nada, no gritan, no hacen ruido como las motos o los coches ostentosos, para que los mires, o como lo hace una marquesina publicitaria, o los carteles de luces de colores, o las adictivas pantallas electrónicas que te gritan: «¡Mírame!». En un mundo de ensordecedor ruido los árboles son el refugio, el silencio, la calma, como la madre que quita de tu mente los miedos, como la amiga que te abraza para sosegarte.

El árbol es un milagro que no pide ser mirado. Por eso es tan doloroso ver que el ser humano, por su insaciable ego, o por el desquiciado sistema económico que nos empuja a trabajar en cosas absurdas, los mutilan, les cortan los brazos con los desmoches, o los podan en formas geométricas. Los recortan hasta convertirlos en bolas, en cuadrados, los pervierten en caprichos decorativos. El humano loco, con las malas podas, le roba al árbol su forma natural, aquella que tiene trescientos ochenta millones de años de evolución. Cuando los machacamos para domarlos a nuestro capricho estético o cuando les pintamos sus troncos de blanco, estamos haciendo sin duda el mal, estamos acabando con la belleza, estamos haciendo con ellos lo que nuestra sociedad hace con nosotros. Reducen y podan las copas de los

árboles como reducen y podan nuestras mentes. Limitamos el crecimiento de muchos árboles en los pueblos y en las ciudades, como en nuestro sistema educativo limitamos la creatividad de los niños y niñas, como se limita la libertad.

Imprimimos con las malas podas formas geométricas a los árboles porque expulsamos todo lo distinto, todo lo que se sale de la norma, todo lo que tiene entidad propia y diferente. Como nuestra sociedad, que hace de las personas un ente único, sólido, normativo, todos iguales, todos domados, sociedad domesticada de mentes podadas.

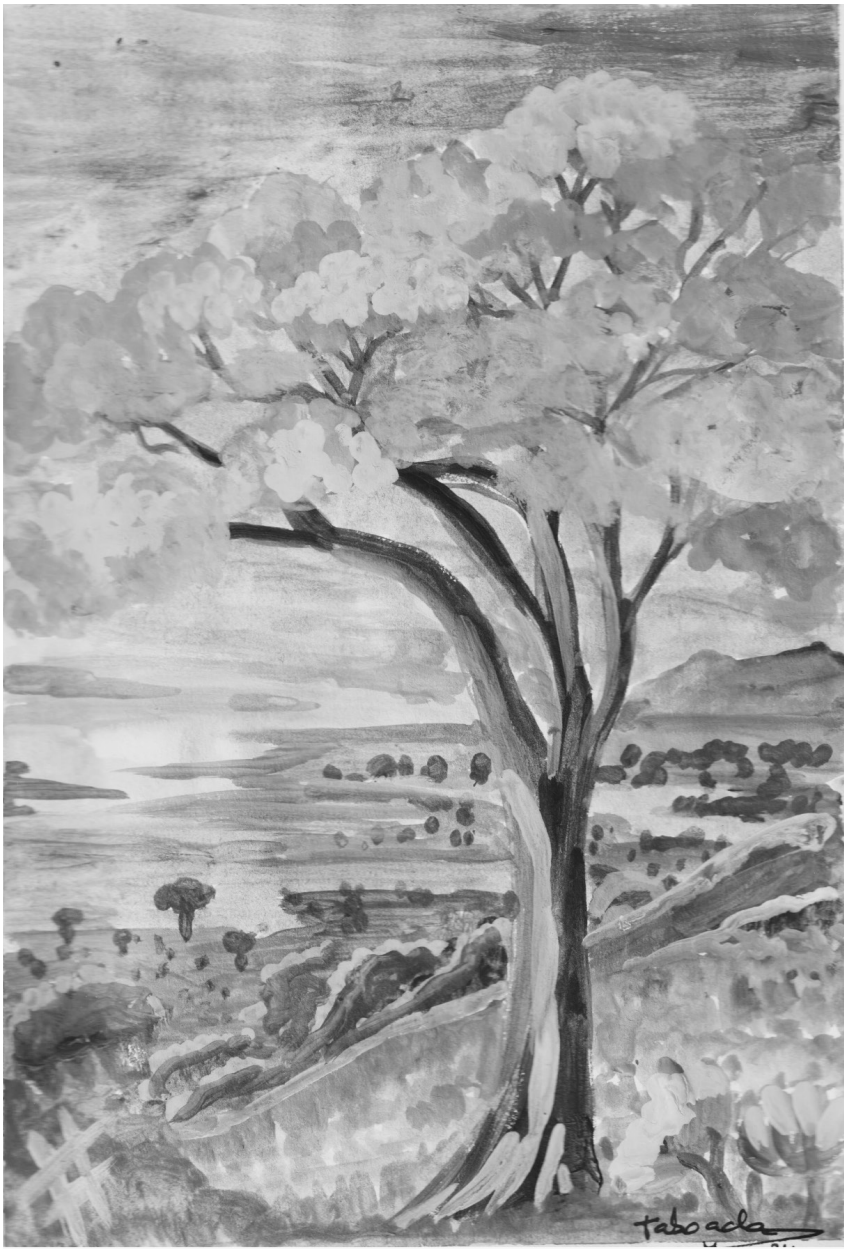
Un árbol es más que un árbol, y no es un ser aislado, en sus ramas viven hormigas, arañas, aves, alberga hongos, bacterias, sus hojas alimentan a los seres del suelo; un árbol es más que un árbol. Refresca el ambiente, nos da aire que respirar, atrae la lluvia. Es además inseparable de todo a lo que está unido, a toda la vida que lo envuelve. No deberíamos mirar un árbol y ver solo un árbol. Como no deberíamos mirar a una persona y ver solo a una persona. Somos más que eso. Somos todo lo que hay en el universo concentrado en una fracción de vida. Somos eso único que jamás se va a repetir y que a la vez son todas las cosas que siempre se quedarán aquí, mucho después de nuestra partida. Somos árboles, como los árboles son también nosotros. Ellos tienen ramas, nosotros brazos; ellos tienen raíces, nosotros recuerdos; ellos tienen nidos, nosotros esperanzas;

ellos tienen hojas, nosotros palabras; ellos tienen el viento, nosotros poesía, música, danza.

El camino de los árboles y el nuestro está unido, aunque ellos son más inteligentes y seguirán aquí, en el planeta, mucho después de que el ser humano desaparezca. Y al contrario que nosotros, ellos, que defienden lo bello, mantendrán por los tiempos de los tiempos sus conciencias limpias. Sus conciencias de árboles.

Felipe Marín Álvarez
www.lasfotosdeaureliano.blogspot.com

No vemos las cosas como son realmente,
sino que más bien las vemos como somos nosotros.
—Anaïs Nin


Taboada

Resiliencia

Un gran árbol se asoma a mi ventana. Cuadro impresionista donde la luz y el color juegan a despertarte del silencio. A veces parece que cobra vida, sobre todo cuando el viento del norte ulula entre sus hojas. Me susurra historias vividas y cómo ha sufrido pérdidas irremediables. Sin embargo, a pesar de las estaciones y los grandes cambios, permanece erguido, sobrellevando la vida con o sin hojas.

Ojalá mostráramos la fortaleza que tienen los árboles. Vivimos en una excitación continua donde el menor contratiempo provoca un sentimiento de hostilidad. Nos mostramos al mundo con nuestra peor cara, incapaces de parar el ritmo desquiciado en el que vivimos. Se nos olvida que, a veces, toca transitar la frustración, el dolor o el rechazo. Se nos olvida que esto es temporal, porque nada permanece para siempre. Somos seres en constante transformación.

Todo esto lo he aprendido en los últimos tiempos, en una época en la que mi vida se ha alineado con la poesía. Poesía que trasciende el texto escrito y se convierte en una mirada especial hacia lo que me rodea. Su *performance* surge en forma de abrazos, alegrías y decepciones, caminos que se bifurcan y árboles, muchos árboles.

I

Cae la tarde
y se te agarra la nada
donde ya no es día,
donde todavía no es noche.

Territorio onírico
habitado por anhelos
prometedores.

Desde una ventana
se escapan los
últimos acordes
de Claro de luna.

Y en ese instante
de bruma, piensas:
todo es posible.

Frondoso árbol de mi alma.

II

Érase una niña
que habitaba una casa palacio
impregnada de memorias
de mujeres torre.
Sus pies inquietos
saltan los escalones
que conectan lo seguro
con lo aterrador.
Un extraño siroco
la empuja a la exploración:
oscuros pasillos,
puertas numeradas.
Al final a la izquierda
aparece la puerta mágica
cuya bisagra anuncia
un misterio sin resolver.
Los ojos traviesos
de su tatarabuela
la siguen con su mirada

perturbadora y locuaz.
Retrato de pintor desconocido,
técnica de Mona Lisa
para hacer eternas
las familiares ausencias.
Empieza un viaje
por las estanterías de cedro
que la alejan de la prosa
de la vida infantil.
Acaricia el terciopelo
de su libro preferido
tan suave como el pelo
del gato Gagarin.
Palabras que apenas entiende
brotan de las páginas
y hacen un diccionario
con entradas profundas.
Una abuela hogar
le recuerda la hora
del pan con chocolate
y de las historias sin final.
La niña escucha atenta
con el abrigo
de la mesa camilla,
isla en un océano.
Equilibrista ingenua

que aún no ha aprendido
la maestría de un oficio
transmitido de generación en generación.
Abuela y nieta
tejen un hilo rojo
que rodea sus cuerpos
como escudo protector.
Y en ese espacio seguro,
los deseos se transmutan
en incertidumbres certeras
que cierran un círculo.
Aprenderás,
sentencia la abuela.